

El apocalipsis de Henoch

Por lo visto, entonces se escribieron los primeros libros atribuidos a Henoch. El espíritu apocalíptico inspirado por el autor de Daniel no se extinguía, y una de las leyes de este género de literatura era el apocri-fismo, es decir, la atribución de la revelación nueva a un nombre vene-rado. El de Henoch era muy a propósito para ello. Aquel piadoso pa-triarca que tuvo, como Elías, el privilegio de pasar a Dios sin sufrir la

muerte, parecía indicado para dar a los hombres buenos consejos en una hora solemne. El libro debió de ser escrito en hebreo. El autor imita constantemente el libro de Daniel, con los mismos defectos e iguales cualidades. El marco es una especie de Historia Universal. Israel atraviesa la Historia como un justo o un elegido.

Israel es el rebaño de Dios. Jehová, en sus insondables juicios, deja que las fieras paganas se coman alguno de sus corderos, que ha confiado a algunos guardianes encargados de ellos. Pero éstos cumplen mal su misión dejando que las fieras se coman más corderos de los permitidos. Entonces el Señor arma a sus ovejas, y éstas persiguen a las fieras y ponen en fuga a las aves de rapiña.

Sin lugar a dudas, las ovejas armadas son las rebeldes que siguen a los Macabeos. Nacen corderos cuyos cuernos crecen, y que representan la dinastía asmónea. Uno de los cuernos, el mayor, pone en fuga a los cuervos, y debe ser Juan Hircano, que hizo al reino judío agresivo y conquistador.

El autor del libro de Henoch, como el de David, cree en la recompensa después de la muerte para los justos resucitados, y en el castigo de los malos, cuando el mundo haya cumplido las «semanas» de su evolución, con el fin del mundo y el reinado de la justicia en la tierra. En el futuro no habrá pecado y se borrarán las obras del impío.

Para el autor, la historia del mundo está dividida en diez semanas. Durante la séptima surgirá una raza perversa que no hará más que iniquidades. La octava semana será la de la justicia. Los pecadores caerán en manos de los justos que reinarán y edificarán una casa eterna al gran Rey. Con claridad se designa así la época de Juan Hircano, durante la cual el Israel ortodoxo empuñó la espada y la utilizó para exterminar a los que creía impíos, y edificó un estado de cosas (la monarquía asmónea) que el autor cree eterna. La novena semana revela al mundo la justicia (religión judía); desaparecen las obras de los impíos; el mundo es condenado a la destrucción y los hombres todos se portarán con arreglo a la justicia. En la séptima parte de la semana décima, se realizará el juicio eterno, y se fundará el gran cielo eterno, desapareciendo los poderes del nuevo con luz siete veces mayor. Luego vendrán semanas en número incalculable que transcurrirán sempiternamente con bondad y justicia, sin que vuelva a existir el pecado.

Henoch todavía dirigirá a Israel más discursos. Se ha abierto la leyenda que aumentará considerablemente. Las severidades de los profetas antiguos contra los ricos y los señores del mundo se atribuirán ahora a Henoch. El patriarca antediluviano hablará de forma tan parecida a Jesús, que la línea divisoria entre ambos no podrá discernirse y la crítica no podrá averiguar si los discursos apocalípticos de Jesús se han calcado en los de Henoch, o si Henoch es un calco de Jesús. Sólo un cristiano podía hacer obra tal, y es difícil, si no imposible, admitir que las páginas que hemos analizado sean de un cristiano. Hay que suponer que los discursos apocalípticos de Jesús tuvieron precedentes, y que éstos hay que buscarlos en los libros atribuidos a Henoch, pero suponemos que las predicaciones henóquicas de este género no se escribieron hasta un siglo después que el apocalipsis de que acabamos de hablar.